propuestas para un proyecto argentino

IMA Instituto para el Modelo Argentino

ISO SUTERH Instituto Superior Octubre

Publicación del Instituto para el Modelo Argentino Aæo II N”15
Basavilbaso 1378, 3º "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

# LA DEUDA SOCIAL NOS EXIGE UN COMPROMISO COLECTIVO Y SOLIDARIO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

**Si no asumimos el compromiso colectivo y solidario de construir otra Argentina, corremos el riesgo de terminar siendo una generación mediocre que no tuvo capacidad para cambiar la historia.**



La Argentina que eligió al mercado como el asignador de los recursos sociales terminó desplazando lo público como mecanismo insoslayable para la generación del bien común. Se concibió entonces a la sociedad como un "**campo de concentración económica**", quebrando el sentido de comunidad que había sido logrado con esfuerzo. Pero además, se retiró la intervención del Estado y se implantó la política pública de fragmentación y exclusión de la sociedad.

Ese modelo que subrogó lo público por lo privado ha extendido la pobreza, la indigencia y la exclusión social, dejando a millones de argentinos a la vera del camino. Construir el futuro nos obliga a reconocer la dimensión social en las últimas décadas ignorada, recuperando los derechos sociales usurpados para hacer de la Argentina un país que valga la pena vivirlo, porque no hay ejercicio pleno de derechos y libertades si no se saldan las desigualdades y si el acceso a los bienes y servicios sociales le está vedado a las grandes mayorías.

El modelo neoliberal concentró la riqueza y aplicando una lógica intrínsecamente perversa generó la exclusión social sin precedentes, que impacta a la Argentina desde hace años. Transfirió recursos que eran sociales a los sectores del capital productivo y especulativo, y dejó minado el camino al consolidar normativamente el despojo.

A finales de 2001 cerca de nueve millones de personas vivían en la pobreza, de las cuales unos tres millones eran indigentes. La salida de la convertibilidad, la pesificación asimétrica y la devaluación a octubre de 2002 elevó a casi 14 millones de personas las carentes de ingresos o con ingresos insuficientes para cubrir sus necesidades >>>



Este ejemplar acompaæa la edici n de Página/12 del 4 de abril de 2005

# LA COMUNIDAD DESORGANIZADA
## (Ha llegado la hora de torcer el camino de la historia)

POR OSCAR CASTELLUCCI *

Hace falta un Estado que se sacuda su burocracia, aletargada en lo asistencial, que recupere la imaginación y, con ella, la efectividad.

La comunidad desorganizada no ha sido plasmada en una obra. No fue concebida por Perón (no confundir con su antítesis, La comunidad organizada). Aquélla es la realidad cotidiana. Una realidad que tiene protagonistas y, sobre todo, víctimas (como **Mareco** y **Saltita**). Una realidad que se viene tejiendo con prisa y casi sin pausa desde el fondo de nuestra historia. Aún desde antes que el inefable **maestro** Sarmiento (don Domingo Faustino), siempre sin pelos en la lengua, dijera desde su banca de senador que el problema de los pobres y de los indigentes no era una cuestión del Estado sino de alguna otra institución como, por ejemplo, la Iglesia. Y en éste, al igual que en otros ámbitos, hizo escuela. ¡Y cómo! El resultado fue un Estado acostumbrado a mirar para otro lado. Indiferente ante el sufrimiento de los más y al servicio de los menos. La Argentina superficial del imperio de las vacas y la Argentina sumergida de los que poco y nada tienen.

Así "**progresó indefinidamente**" la historia argentina hasta el advenimiento del peronismo y del tiempo de la justicia social, que se inició con el acceso de Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión en noviembre de 1943.

Vale la pena aquí citar (por la abundancia de desconocedores y desmemoriados) lo que dice al respecto Perón en su Modelo argentino para el proyecto nacional (1974): "**Sería socialmente injusto que, con el objeto de acelerar el desarrollo se afectasen ostensiblemente las posibilidades de realización de quienes precisamente lo generan. Por otra parte, es estrictamente inaceptable que ese desarrollo se materialice a expensas de los más necesitados (...) Por el contrario, es condición necesaria estimular sostenidamente a este último factor (el trabajo) que, precisamente, está integrado por los estratos más bajos de la escala social y para ello debe intensificarse el uso de los diferentes mecanismos que incrementen el ingreso real, tarea en la cual el Estado tiene una responsabilidad impostergable**".

Dar trabajo, he allí la cuestión, en primer lugar; y redistribuir, luego, con justicia y equidad lo que durante décadas ominosas había sido acaparado en los bolsillos de unos pocos. El punto final para una Argentina rica con argentinos pobres. El punto de partida para una Argentina solidaria. Eso, y no otra cosa, fue lo que debió pagar el peronismo cuando fue derrocado, en 1955: las transformaciones que provocó con la práctica de sus políticas sociales sustentadas en su convicción distributiva revolucionaria. Lo demás que, decían, querían "**cobrarle**", era letra para "**los** vivos" y para "**la gilada**".

Desde entonces fuimos testigos de la destrucción sistemática de todo esbozo de comunidad organizada y de su brutal reemplazo por la comunidad desorganizada (no escrita por nadie, pero practicada a rajatabla por los conocidos de siempre, que sólo iban cambiando de nombre con el tiempo). La estigmatización de la solidaridad. La pura destrucción de lo construido. Pero como los pobres ya no eran los de antes, los de los tiempos de Sarmiento, fue "**necesaria**" la dictadura entre 1976 y 1983, el genocidio como escarmiento, el terror como práctica suprema para desorganizar la comunidad.

Así estamos. Así nos dejaron: quebrados, pero no vencidos. Porque, a pesar de todo, como nos decía Fito Páez, "**¿quién dijo que todo está perdido?**". Todavía hay quienes están dispuestos a entregar su corazón. Como los pibes de las parroquias y de los colegios a los que he visto infinidad de veces salir por las noches, sobre todo en las de invierno, con termos de sopa caliente y café, y comida que ellos preparan, para repartir entre los cartoneros (a los que hay que tenderles una mano pero no "**institucionalizarlos**": en el país que todavía tenemos que ser capaces de soñar no debe haber cartoneros, sino hombres que trabajen y pibes que vayan a la escuela), y entre los que viven en la calle (para vergüenza de todos, por más que estemos entrenados en mirar para otro lado), como **Mareco** y **Saltita** (que, en la comunidad desorganizada, les tocó, sin posibilidad de elección, el rol de víctimas).



**Mareco, con sus 49 años a cuestas –que parecen 60–**, siempre "**manga**" (cerca de Plaza Francia) unas monedas y, sobre todo, un poco del afecto de una conversación que lo haga sentirse considerado como "**humano**". Es, como él mismo dice, "**un borracho**", y ya casi no recuerda que perdió en el alcohol a su familia y a su trabajo. A **Saltita**, venido con sueños de su provincia natal, le fue todavía peor: buscando obtener sus documentos para internarse en una granja para superar su adicción alcohólica, en una de sus borracheras, se cayó de espaldas por Coronel Díaz y Las Heras, y se desnucó, poniendo fin a su perenigraje sin resultados y haciendo mutis por el foro de las estadísticas de pobreza y de carencias absolutas.

Es verdad que el gobierno de la ciudad, sacudiéndose el letargo de la historia, ha puesto su mira en estos casos. No alcanza con esto, no alcanza con la voluntad y la comida de los pibes de los colegios y de las parroquias. No alcanza con una cama disponible por una noche, con la posibilidad de un baño, de afeitarse y de un corte de pelo. No alcanza, si la hay, con la asistencia de médicos y psicólogos. Es necesario documentarlos y reinsertarlos a la sociedad con trabajo. Porque no alcanza con planes de asistencia. La asistencia es necesaria, pero mantenida indefinidamente, mantiene indefinidamente, estructuralmente, las carencias que busca paliar. Hace falta un Estado que se sacuda su burocracia, aletargada en lo asistencial, que recupere la imaginación y, con ella, la efectividad.

A veces, para eso, sirve la historia, no para repetirla sino para recrearla. Cuando el peronismo puso en marcha su proyecto de justicia social, fue capaz de percibir lo esencial para aquellos hombres alejados, no de la mano de Dios, sino de la de otros hombres: para los sin casa y sin trabajo creó una Junta Nacional para Combatir la Desocupación, los alojó en el entonces galpón Nº 5 de la Aduana, y los ocupó en una escuela taller, en una quinta de Villa Soldati que tenía una chacra experimental anexa y en los paseos públicos de Buenos Aires, atendiendo su conservación y "**extrayendo árboles secos, cuya madera se utiliza para la carpintería y como leña**".

¿Este camino requeriría una inversión mayor que el de la mera asistencialidad? Es probable que no. Lo que sí, sin dudas, permitiría este tipo de política social es una auténtica recuperación de la dignidad del hombre (que está esperando por ella).

Como espera **Mareco**, como esperaba **Saltita** que, si es verdad aquello de **que "bienaventurados los pobres porque de ellos será el Reino de los cielos"**,desde allí estará oteando si somos capaces, o no, de torcer esta historia que ha alternado entre el asistencialismo y la indiferencia.

* *oscar@castelluci.com.ar*

# LA DEUDA SOCIAL NOS EXIGE UN COMPROMISO COLECTIVO Y SOLIDARIO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

>>> alimentarias y no alimentarias esenciales.

Es innegable que durante la gestión del presidente Néstor Kirchner 3,5 millones de personas dejaron de ser pobres, 2,7 millones de personas superaron la línea de la indigencia, el empleo creció un 13 por ciento y el Riesgo Social –el de los sectores medios de seguir cayendo en la pobreza– disminuyó un cuatro por ciento promedio hasta diciembre de 2004. Pero también lo es que los argentinos cargamos en nuestra conciencia con los más de nueve millones de pobres –entre ellos miles y miles de niños-, los tres millones y medio de indigentes, los dos millones de desocupados, y la brecha existente entre los más ricos y los más pobres que persiste exteriorizando nuestra enorme y urgente deuda social y moral pendiente.

Debe advertirse que de los millones de personas actualmente incluidos en los programas sociales, hay por lo menos 600.000, que tienen posibilidades de reingresar al mundo del trabajo. Pero también hay más de un millón y medio que presentan serios problemas estructurales, con sus capacidades disminuidas al no poder acceder legítimamente a un trabajo decente, tal como lo define la Organización Internacional de Trabajo. Tampoco se puede dejar de relevar que nuestra Argentina cuenta con un millón de jóvenes de entre 18 y 25 años que no estudian ni trabajan y que tienen una doble vulnerabilidad: son jóvenes y además pobres. Forman parte de esa legión de argentinos para los que no hay horizonte, no tienen nada que los entusiasme, no encuentran el futuro. Y esto nos interpela singularmente, porque si no asumimos el compromiso colectivo y solidario de construir otra Argentina corremos el riesgo de terminar siendo una generación mediocre que no tuvo capacidad para cambiar la historia.

La realidad humana a superar es diversa, las respuestas no son únicas ni uniformes, los caminos a implementar son múltiples y deben transitar una visión integral, que no reduzca el problema a políticas sociales, a políticas de ingresos o a subsidios más o menos extendidos, ya que lo que se debe poner en marcha es una comunidad organizada, políticamente viable y económicamente sustentable, lo que solamente se puede lograr en el marco de un Proyecto Nacional inclusivo.

### Remediar lo social

Reconocer como problemas la miseria y el atraso debe llevar a descubrir que no se trata de algo fatal, natural ni irreversible. Simplemente eso es humano y modificable. Si nos limitáramos a aminorar el impacto de la crisis en los sectores más vulnerables, no seríamos capaces de



incluir a millones de argentinos que han quedado tirados a la vera del camino empedrado de políticas neoliberales.

Es necesario garantizar juntos y solidariamente el pleno acceso a los derechos sociales conculcados, porque será la única manera de construir finalmente una nueva Argentina, con futuro, sobre la base de un Proyecto Nacional que pueda insertarse en un Proyecto Latinoamericano y que erradique el hambre, la discriminación, la violencia, la falta de educación y la injusticia social. Quienes se quedan en la política asistencial legitiman el fundamentalismo de mercado relegando el empleo a un segundo plano.

Pensar el país nos impone superar la visión que ha pretendido justificar la presunta inviabilidad de las provincias argentinas y que fue consolidando la destrucción de las economías regionales. Asumamos que el Estado debe invertir donde el desarrollo social lo demande.

Construir un país para todos implica reconocer algo más que los primeros cordones del Gran Buenos Aires, para mirar hacia las fronteras geopolíticas que fueron abandonadas. No será posible integrar hacia afuera si no se integra el país real, a partir de una nueva forma de ciudadanía que no excluya por territorio supuestamente improductivo.

Descreo de quienes afirman que transitamos la evolución hacia el fin de la "**sociedad del trabajo**", negándome a aceptar resignadamente un destino preanunciado, que nos condena a hipotecar el valor subjetivo del trabajo y a reducir a su mínima expresión la dignidad que conlleva. Son muchas las formulaciones que hoy transitan la problemática del empleo sustentable, no sólo en nuestro país sino en América latina y en el mundo. Todas nos plantean la necesidad de discutir cuál es el modelo y en el marco de qué proyecto de país tendremos que avanzar para revertir esta injusticia de manos caídas.

La principal forma de afiliación a la sociedad opera a través del trabajo fecundo y la promoción social y se funda en la reconstrucción de valores desde la familia, por lo que la dignidad termina siendo la única vía para obtener una identidad y un reconocimiento social, superando de esta manera a la exclusión. Es justamente el trabajo el resolutor de los problemas del país, porque media entre la necesidad y la satisfacción, disolviendo el obstáculo, y es lo que diferencia un proyecto de país de un mero plan económico.Concretar lo deseado (eutopía) es posible, porque cabe insistir que todo proyecto nacional se financia a sí mismo, ya que al movilizarse nueva población y nuevas riquezas o recursos materiales, es financiado por el trabajo y la nueva riqueza incorporada. No se trata de acudir reiterativamente a lo prestado para financiarlo. No es el dinero ajeno sino el propio trabajo y la propia riqueza liberada la que lo financia.

Instrumentos los hay y variados, la obra humana que el tiempo nos demanda impone concentrar los esfuerzos y orientar la obra y tarea pública hacia la concreción del país anhelado. Parece prudente y aconsejable destinar muchos de los recursos fiscales actuales –y otros a incorporar– a la constitución de un **fondo para el proyecto nacional** destinado a la infraestructura y promoción del desarrollo social.

Jujuy parece un buen lugar para empezar a construir la primera **ciudad de integración**, rescatando la cultura andina que aún se respira por sus caminos, generando un polo de crecimiento, de relocalización productiva, de integración regional (con Bolivia, el Norte de Chile y Perú), con la sustentabilidad que generará potenciar el intercambio comercial hacia y desde Lima, hacia y desde el océano Pacífico.

Remediar lo social es posible, lo que se necesita es ingresar a una nueva dimensión social en la que entendamos que sólo con equidad se crece, como persona y como sociedad.

* *jdilorenzo@sitioima.com.ar*

# EL TRABAJO SE ENVILECE CON TRABAJADORES VULNERABLES

**POR ALFREDO CARAZO***

Para los neoliberales la inversión social es un gasto perdido; quien tiene dinero paga el derecho a la seguridad social y los que no lo tienen carecen de derechos esenciales.

Así como la pobreza y la indigencia anestesian, el desempleo estructural disciplina a los trabajadores y los empuja a condiciones de vida, de trabajo y salariales de extrema vulnerabilidad. Son como dos gigantescas pinzas que vienen atenazando a millones de argentinos desde hace décadas, en un país que durante muchos años supo de una movilidad social con pleno empleo y una calidad de vida y de trabajo a la que aspiraban acceder el resto de los trabajadores latinoamericanos.

En la Argentina hace tiempo que se comenzó a hablar de la "**cultura del desempleo**" y cuando se discutió, la flexibilización laboral ya era un eslabón más en una larga cadena de precarización de la vida misma. Claro que para los que no tienen trabajo, para los que están parcialmente ocupados, con contratos a término –muchas veces basura– o los que viven del trabajo informal, que también son trabajadores, la flexibilización termina siendo imperceptible, pero les llegará cuando logren ingresar al mundo del trabajo que nunca debieron abandonar. Allí está la tremenda transformación operada por el modelo neoliberal, porque muchos de los nuevos empleos de los últimos años fueron precarios, en algunos casos con condiciones de trabajo infrahumanas y de baja calidad, verdadera mano de obra barata –entre ella la de los jóvenes y las mujeres–, que no requiere de ninguna flexibilización porque está disciplinada por necesidad. La nueva cultura del trabajo que se viene acuñando desde hace años está conformada por ghetos de trabajadores de la actividad privada con empleos formales –cada vez menos–, rodeados de enormes legiones de trabajadores sin pertenencia, sin ubicación definida, parias que se fagocitan entre sí.

Pero además, es bueno señalar que el gran logro del modelo neoliberal es haber quebrado la solidaridad. Sin solidaridad y desde el individualismo no es posible avanzar hacia la construcción de una sociedad más humana, más libre y más democrática. Nada ni nadie puede reemplazar la responsabilidad colectiva en un destino común y en un desarrollo económico, pero fundamentalmente social, político, cultural y espiritual. Y así como no se puede ocultar que vivimos una emergencia ocupacional, de sustitución de valores y principios, de educación, de seguridad, de dignidad humana, así también está en emergencia la solidaridad.

Cuando hace unos años Jeremy Rifkin, asesor del entonces presidente norteamericano Bill Clinton, presentaba en la Argentina su libro *El fin del trabajo*, se interpelaba sobre "qué hacemos con los jóvenes y cómo generamos un debate serio para compartir mejor los beneficios de la mayor productividad". Descubrió entonces que la incipiente figura de la globalización arroja en el mundo 1000 millones de desocupados y subocupados y preguntó si alguien creía que "**podrán integrarse por empleos oficiales o por la mano invisible del mercado**". No hay que olvidarlo, venimos de un modelo –todavía hay una inercia residual– en el que el derecho al trabajo no era para nada importante, al menos tanto como lo financiero y los resultados económicos, siempre por encima de los hombres. Para los neoliberales la inversión social es un gasto perdido; quien tiene dinero paga el derecho a la seguridad social y los que no lo tienen carecen de derechos esenciales. Lo importante termina siendo la "**moral de la ganancia**".

Se terminó concientizando que se podrá ganar mal, trabajar cada vez menos y con menor calidad de vida, resignar derechos inalienables, siempre y cuando haya buenos servicios. No interesa que la familia no tenga trabajo, ni pueda enviar a sus hijos a la escuela, ni asegurarles la salud, ni alimentarlos como se debe y abrirle expectativas de vida, porque lo sustancial es que si quisieran podrían tener una línea telefónica rápidamente y comunicarse desde su humilde vivienda con cualquier lugar del mundo, aportando de paso un granito de arena a los millonarios ingresos diarios que perciben las empresas telefónicas privatizadas. A eso apunta en alguno de sus costados la globalización aunque se oculte en las entrañas del modelo, que impone nuevos paradigmas culturales alejados de la identidad propia.

Hasta para un liberal como el francés, Guy Sorman, la globalización es sólo una forma de norteamericanización, porque no puede ser globalidad "**llevar cartelones en inglés en las remeras, ni colocar leyendas en el mismo idioma de los negocios, ni mezclar en el lenguaje cotidiano términos extraídos del inglés. Sería más conveniente globalizar, extendiendo la aplicación de conceptos que hagan al desarrollo humano, y a la libertad en todas sus formas... La globalización no es matar una cultura local por la cultura dominante de la potencia**".

Cuando se ponderó hasta encandilar el "**milagro asiático**", se omitió de ex profeso que ese crecimiento económico no significó para nada un desarrollo social. Tampoco se mencionó que disminuyeron los salarios y el empleo de los trabajadores asiáticos y que en cambio creció la criminalidad en la región. Y todavía no hemos salido de esa seducción del capitalismo salvaje. No parece que se esté asumiendo la construcción de un país con crecimiento, en el que los empresarios emprendan con creatividad y originalidad la construcción de nuevos espacios de armonización social.

La única garantía de que la cuestión social responda efectivamente a una concepción humana es cambiar drásticamente el horizonte neoliberal que todavía sigue tiñendo el desarrollo de la sociedad argentina. El mundo ha fracasado rotundamente en el desafío impuesto en la Cumbre de Copenhagen en cuanto a la eliminación de la extrema pobreza, la defensa del pleno empleo, la promoción de la integración social, la igualdad entre hombres y mujeres y el aumento de la ayuda oficial para el desarrollo social. Pero sobre todo, el fracaso resulta mucho más agudo con relación a la distribución de la riqueza, porque la suavización del modelo no lo hace benigno, no abandona su naturaleza perversa en la estructura de poder.

La Argentina no es una isla en el complejo submundo de la pobreza, la indigencia, la exclusión social de millones de ciudadanos más que vulnerables golpeados por una democracia restringida que perforó hasta el hartazgo el tejido social. Por eso es necesario cambiar la relación de fuerzas –que en algún momento político y estratégico favoreció a las mayorías– para que la democracia deje de ser imaginada y realizada como un régimen conservador de orden injusto para pasar a ser la forma política del cambio social y del nuevo desarrollo.

* *acarazo@sitioima.com.ar*

# LAS ASIGNACIONES FAMILIARES FORMAN PARTE DEL SALARIO

POR GRACIELA E. CIPOLLETTA

**A las asignaciones familiares les quitaron el carácter remuneratorio con el objeto de lograr la aceptación del sector empleador, en el marco de las transformaciones operadas en la década del 90.**

La flexibilización laboral, las políticas de focalización del gasto social en el pobre, la desregulación del precio de la mano de obra y la baja de las contribuciones patronales, paradigmas que reinaron como verdades absolutas por más de una década, han borrado del imaginario colectivo e incluso de la norma legal el verdadero sentido y alcance de las asignaciones familiares. Por eso habría que recordar que están incorporadas en los más importantes tratados internacionales de mediados del siglo pasado, como la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre y la Declaración Universal del Derechos Humanos, proclamada por las Naciones Unidas e incorporadas ambas a la Constitución Nacional y que plantean concordantemente el derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria que les permita al trabajador y a su familia "**una existencia conforme a la dignidad humana**".



Estos documentos se refieren a la remuneración a la que tiene derecho el trabajador, por lo que el salario debe ser no sólo la consecuencia directa de la productividad, sino una suma que les permita vivir dignamente a él y a su grupo familiar. Este concepto lo encontramos también en las encíclicas de la Iglesia Gaudium et Spes y Centesimus Annus. Tanto la doctrina pontificia como los países firmantes de los pactos citados, han ordenado que la remuneración del trabajador debe estar conformada por el monto suficiente para que quien trabaja tenga una vida decorosa para sí y su grupo de familia. En este contexto las asignaciones familiares no son más que el complemento del salario, para permitir que quien tenga cargas de familia pueda mantener la aludida dignidad, del mismo modo que quien es soltero y se encuentra realizando idéntica tarea.

Paralelamente, la Constitución Nacional establece taxativamente que el trabajo, en sus distintas formas, gozará de la protección de las leyes y menciona con meridiana claridad la **compensación económica familiar**. Por eso al hablar de asignaciones familiares, debemos referirnos al salario suficiente o lo que es lo mismo a un salario que atienda a la manutención y desarrollo del grupo familiar. En definitiva, hablamos del precio de la mano de obra, ya sea ésta material o intelectual, que debe variar según las cargas familiares de quien lo preste.

A las asignaciones familiares le quitaron el carácter remuneratorio con el objeto de lograr la aceptación del sector empleador en el marco de las transformaciones operadas en la década del 90. Cuando los salarios o asignaciones familiares, que en su origen fueron pagados voluntariamente por los empleadores, se generalizaron y se volvieron obligatorias al ser incorporadas a los convenios colectivos de trabajo surgió la discriminación de los trabajadores con cargas de familia que fueron expulsados de sus puestos de trabajo o directamente no contratados por esta razón. Aún hoy, en nuestro país, muchos trabajadores suelen explicar que "**no me toman porque tengo muchos hijos**".

Los fondos compensadores, nacidos de las propias convenciones colectivas de trabajo, vinieron a resolver el problema, porque al establecer la obligatoriedad del mecanismo compensador y de la obligación de los empleadores de aportar al sistema por la totalidad de sus trabajadores, los costos laborales fueran idénticos si se tomaban trabajadores con cargas o sin cargas de familia, además de compensar costos entre empleadores.

Los fondos compensadores, además de ser un distribuidor de salarios solidario entre trabajadores, generaban la solidaridad entre empleadores, porque eliminaban las diferencias de costos en el precio de la mano de obra de quien tiene hijos y quien no los tiene. Pero el proceso de eliminación de este componente salarial familiar se inicia en 1991 con la desregulación económica, que desreguló el costo de la mano de obra. Luego vino la baja de las contribuciones patronales al fondo compensador y se produjo la reducción de los beneficios al eliminarse la mayoría de las asignaciones existentes y la circunscripción de los beneficios a los trabajadores de menores recursos.

La eliminación de asignaciones, sumamente importantes como la de familia numerosa o la escolaridad mensual, produce un claro retroceso en las remuneraciones familiares de los trabajadores dependientes, los agentes de la administración publica y los jubilados y pensionados. Los cambios en la materia no concluyeron, ya que el proceso de transformación se ha convertido en política de Estado. El último paso es desvincular al empleador de la responsabilidad del pago del salario familiar, para lo cual la ANSeS se irá transformando paulatinamente en el agente de pago de las pocas asignaciones familiares existentes, utilizando recursos del sistema y de otras fuentes.

Las empresas deberán incorporarse a este sistema en forma obligatoria hasta que la totalidad de los empleados en relación de dependencia, con derecho al cobro de las asignaciones, deban percibir las mismas del organismo estatal, con todos los problemas generados como la licencia por maternidad abonada tres meses después, la ayuda escolar pagada 120 días después de iniciadas las clases, la asignación por hijo discapacitado no pagada hasta tres años después por haberse perdido el certificado, reclamos que se pierden en la burocracia estatal, jueces laborales que ya no tienen competencia en la materia y otras irregularidades.

De esta forma, concluirá el proceso de cambio y quizás el próximo paso sea que el trabajador, para acceder a su derecho, deba demostrar pobreza como si percibiera un subsidio asistencial. Cabe preguntarse por qué razón el Estado asume la obligación de pagar parte de la remuneración que corresponde abonar a los empleadores.

No es intención desmerecer los programas sociales que han pretendido o pretendan solventar la situación de desocupados, subocupados o carentes en general, con el objeto de paliar los gastos familiares. Pero a la hora de planificar estos programas es necesario entender que las asignaciones familiares son remuneraciones que pertenecen a los trabajadores, por lo que no parece justo repartir estas sumas en programas asistenciales cuando puede recurrirse a otras fuentes de financiamiento. Estos programas a veces distorsionan el mundo laboral y alejan el concepto de remuneración del señalado en los convenios internacionales y en la Doctrina Social de la Iglesia.

# EDITORIAL

## CRISIS, DEFAULT Y ¿DESPUES?

Durante el lapso en que se encontró en cesación de pagos (default) con los acreedores privados, la Argentina experimentó una importante recuperación de sus principales variables macroeconómicas. Dicha recuperación no estuvo exenta de costos y no debe dejar de analizarse en perspectiva. Después de una de las recesiones más largas y pronunciadas de la historia argentina, la devaluación primero provocó una fuerte contracción (-11%) que fue seguida de una reactivación desde mayo de 2002 a una tasa anual promedio del nueve por ciento.

La interpretación de este final depende desde cuándo y cómo se cuente la película. Es indudable, que si contamos la historia desde diciembre de 2001, toda mejora en los flujos de PBI, pero resulta insignificante frente a la enorme transferencia de riqueza de los sectores más pobres a los grandes grupos favorecidos por la devaluación con pesificación asimétrica y fuga simultánea de capitales. La quita de la deuda sólo compensa parcialmente los casi 60 millones de dólares que la sociedad transfirió a estos sectores concentrados. También es indiscutible que mientras los padres de la convertibilidad, de la cesación de pagos y de la pesificación asimétrica fueron respectivamente responsables del origen, la agudización y la ejecución de dicha transferencia, la actual gestión tendrá el mérito de haber logrado (o al menos intentado) sortear los escollos de una recuperación que nadie hubiera anticipado hace sólo tres años.

Pero más allá de esto, conviene reparar en los aspectos centrales que marcaron al período en que vivimos en default, a fin de aprender algo de nuestra experiencia reciente. La contracción de 2002 estuvo asociada a la salida traumática de la convertibilidad, en la cual la incertidumbre macroeconómica y el comportamiento oportunista de sectores vinculados a la exportación, se sentaron sobre sus cosechas, y causaron una depreciación descontrolada de la moneda. En cambio, fue la estabilización del tipo de cambio (a un nivel elevado) el que permitió el aumento en los niveles de actividad. Una vez estabilizado el tipo de cambio, la recuperación fue motorizada por un incipiente proceso de sustitución de importaciones posibilitado por dicho cambio de precios relativos.

De esta forma, la economía logró en el último trimestre de 2004 recuperar el nivel de Producto Bruto Interno de 1998, que marcara el inicio de la larga fase contractiva de la convertibilidad. La evolución de los indicadores de empleo no son menos alentadores. De acuerdo con los datos del tercer trimestre de 2004 del INDEC, el desempleo fue del 12,1 por ciento de la población económicamente activa frente al 20,8 por ciento de octubre de 2002. Más allá del hecho de que tal tasa considera como empleada a la población con planes sociales, no se puede soslayar que desde mayo de 2003 el aumento en la tasa de empleo se explica mayoritariamente por empleados sin considerar los que perciben planes. Pero aún se está lejos de las tasas de desempleo de un dígito previas a 1994, cuando los efectos destructivos de la convertibilidad recién comenzaban a golpear con dureza a nuestra sociedad. Si se expande la muestra de la encuesta al total de la población, el número total de personas desocupadas se sitúa aún en torno de los dos millones. Cifra que adquiere real dramatismo si se tiene en cuenta que los aumentos de la canasta de consumo de 2,5 por ciento desde comienzos de 2005 generaron en el país 188.000 nuevos pobres, según las estimaciones recientes de la consultora Equis. Como consecuencia de los comportamientos de los formadores de precios, la pobreza ataca principalmente a los trabajadores independientes de bajos ingresos, a los jubilados, a los desocupados y a los empleados **“en negro”.**

Como se infiere de la evolución de dichos indicadores, lejos estamos de haber reparado los enormes daños generados por el régimen de convertibilidad, cuando durante el gobierno de Carlos Saúl Menem se procediera a la eliminación de toda política social que amortiguara los efectos de la inevitable catástrofe social que se vislumbraba: la increíble ausencia en un país productor de alimentos de programas masivos de alimentación ante aumentos alarmantes de la pobreza; el endeudamiento y posterior privatización del sistema de seguridad social, a partir de la constitución obligatoria de fondos privados de capitalización; la desregulación y vaciamiento de las obras sociales, convirtiéndolas en nuevas fuentes de negocios; la flexibilización del mercado laboral, convalidando por ley un modelo de producción que amplifica los ciclos y traslada el ajuste al salario; la instauración de políticas sociales focalizadas, considerándolas un problema social independiente de la esfera económica.

Salvo el último aspecto, el actual gobierno aún no ha definido una configuración institucional que resuelva estructuralmente la tendencia del actual modelo a excluir miles de trabajadores a la pobreza ante un aumento leve de la inflación y desaceleración del crecimiento. No obstante, las acciones cotidianas marcan la elección de un sendero correcto. Es de destacar que el daño hubiera sido mucho mayor si no se hubiera recurrido a ciertos atenuantes, altamente criticados por los economistas y periodistas voceros del establishment. Este es el caso de la implementación de las retenciones a las exportaciones con la parcial “**desconexión**” de los precios domésticos de los alimentos respecto de los precios internacionales que éstas implican; así como con la aplicación de un masivo salvataje social a través del plan de Jefes y Jefas de hogar. Aspectos que no deben olvidarse a la hora de preguntarse “**¿cómo seguimos?**”

Hoy más que nunca es oportuno plantearse dicho interrogante. Con el fin de la negociación con los acreedores privados se abre una nueva etapa en el gobierno del presidente Néstor Kirchner, en la cual en tanto sociedad deberemos elegir entre dos senderos posibles. Un primer sendero es la drástica profundización del camino delineado por el mandatario en su discurso del 25 de mayo de 2003, el de la subordinación del pago a los acreedores a las necesidades de desarrollo de nuestro país, con una estructura de precios relativos que permita la reconstrucción del tejido económico y la inclusión social a partir de la transferencia de la renta agrícola y petrolera hacia la industria. Un segundo sendero, que será impulsado espontáneamente por los distintos actores del establishment económico, es el de la eliminación de las retenciones y el retorno a las políticas focalizadas. Esto, combinado con una apreciación del peso, posibilitará la emergencia de nuevos negocios y burbujas para quienes fueron beneficiados por una de las transferencias de ingresos más drásticas de la historia argentina. Finalmente, se consolidaría un modelo agro-exportador y “**financierizado**”, a imagen y semejanza del proyecto de la Generación del 80, en el cual la deuda continuaría siendo la palanca que cuentan los países centrales para condicionar toda posibilidad de proyecto autónomo. Si esto fuera así, repetiríamos la triste experiencia de un gobierno crítico en su discurso al neoliberalismo, que pavimentaría el retorno de las políticas antipopulares, tal como lo hizo el “**progresismo**” europeo de Felipe González en España, François Mitterrand ymás recientemente Lionel Jospin, en Francia y el ex comunista Masimo D’Alema, en Italia. Dada la experiencia reciente y la extrema precariedad en que vive la mayoría de los argentinos, es difícil imaginar la legitimación republicana de tal sendero que convertiría a todo discurso nacionalista y popular en algo hueco, anacrónico y disociado de la realidad.

## EJES PARA UN PROYECTO NACIONAL

✓ Un corredor energético en el Sur de América latina, junto con Bolivia, Brasil, Perú y Venezuela

✓ Negociaciones para la creación de una empresa petrolera de América del Sur - Petrosur

✓ Recuperación de Marina Mercante de bandera argentina

✓ Reactivación de los Astilleros Río Santiago y de la industria naval

✓ Creación de la Empresa Nacional de Energía SA

✓ Creación de AR-sat, empresa estatal de satélites con participación de capital privado, prioritariamente para construir un satélite nacional de telecomunicaciones

✓ Nuevo proyecto para construir radares en el país por empresas nacionales, derogando un antiguo plan de radarización para las transnacionales

✓ Convenio con el gobierno de Venezuela para que la estatal Invap exporte equipos de medicina nuclear, como centros de radioterapia, teniendo en cuenta que esta empresa es la único fabricante latinoamericana de estos equipos para combatir el cáncer

✓ El Gobierno reasumió la prestación de los servicios interurbanos de transporte ferroviario de pasajeros, que había sido suprimida durante el gobierno del ex presidente Carlos Saúl Menem, con la privatización de la ex empresa estatal Ferrocarriles Argentinos, que desactivó estaciones en todo el país y dejó en la calle a miles de trabajadores

# IDENTIDADES REGIONALES E IDENTIDAD NACIONAL

POR JOSE FRANCISCO PESTANHA *

*"Por mi raza hablará el espíritu."*
José Vasconcelos

Una Nación "no se improvisa ni se trunca", no surge de la inspiración de seres iluminados, no puede construirse a partir de normas constitucionales inadaptadas e inadaptables a la realidad.

Reflexionar sobre las políticas sociales presupone necesariamente abordar la cuestión de las identidades colectivas. Aunque corrientemente dichas políticas suelen ser entendidas como meras intervenciones en la órbita de las necesidades materiales de los sectores más postergados, en comunidades como las nuestras, sujetas a grandes deficits en materia cohesiva, ellas deben extenderse a otros ámbitos reconociendo y potenciando el fenómeno identitario. El "**asistencialismo material**" resulta una práctica que, per se, no coadyuva al desarrollo integral de aquellos sectores que intenta favorecer.

He sostenido recientemente que las identidades colectivas están constituidas por un conjunto de elementos y procesos que determinan ciertos "**modos de ser colectivos**" y que instituyen las diferencias entre comunidades nacionales y, además, que sin perjuicio de los denodados esfuerzos que viene efectuando el individualismo positivista por negarlo, el derecho a la identidad de comunidades y pueblos ha sido reconocido universalmente,

José Vasconcelos es uno de los autores que, a mi entender, aporta elementos analíticos fundamentales para entender la cuestión. El observaba a principios del siglo pasado que en nuestra Iberoamérica las distintas razas del mundo tendían a mezclarse cada vez más, y pronosticaba que de dicha mixtura surgiría un nuevo tipo humano, "**la raza cósmica**", compuesta de la selección de cada una de esas etnias y sus respectivos componentes culturales. En ese conglomerado cifraba el ilustre mexicano su esperanza en el futuro de la humanidad.

Resulta llamativo que aún en la actualidad muchos compatriotas ignoren el valor de este fenómeno y continúen despreciando cualquier emergente que no surja de los centros ilustrados de Europa o de la América del Norte. Probablemente, tal como lo enseña el profesor Víctor Díaz Fajardo, perdure aún hoy la tenaz influencia de aquella "**corriente de pensamiento positivista de la ilustración occidental, la cual fue transmitida y asimilada por los pensadores latinos, quienes consideraban que el racionalismo, la ciencia y la educación redefinirían nuestra identidad bajo el modelo científico-racional europeo de fuerte contenido racista**".

Este poderoso ascendiente ha generado, sin duda alguna, un profundo sentimiento de inferioridad en muchos paisanos, sobre todo, respecto del emergente del mundo anglosajón. En las décadas pasadas dicha influencia cobró una fuerza inusitada, cuando las nociones de industrialización, primero, y modernización del Estado, después, monopolizaron un debate que más bien era un monólogo determinado principalmente por la sociología norteamericana y por los ensayos de la Cepal.

Los episodios que dieron cuenta del gobierno de la Alianza y los sucesos posteriores no sólo pusieron al descubierto el saqueo y latrocinio sino que, además, despertaron en las nuevas generaciones una ostensible necesidad de búsqueda y reencuentro con la propia identidad. Dicho reencuentro presupone, entre otras cuestiones, una renovada y lozana vinculación con los propios valores y tradiciones y, además, el redescubrimiento de aquella pugna de instituciones, propósitos e ideales entre el mundo latino y el sajón, donde al materialismo utilitarista vuelve a contraponerse el sentido idealista de la vida, y al unicato del progreso blanco, el generoso producto del mestizaje y su capacidad para "**asimilar otras culturas y no destruirlas**".

Respecto de esta cuestión Rodolfo Kusch, un apasionado de las cosas nuestras y, en tanto, uno de los "**malditos del pensamiento**", describía en nuestra América mestiza cuanto menos dos logos que a la vez se replican nítidamente en la Argentina. Uno, el periférico y austral, que sería el dominio de la tradición occidental, depositario del individualismo, de la racionalidad instrumental y de la modernidad, y el otro, presente en el interior de la América profunda, donde "**el aquí y el ahora se manifiesta como perspectiva de encuentro**", donde prima lo colectivo sobre lo individual, la totalidad sobre la particularidad y donde reina una concepción de pertenencia al entorno ajustando el mundo a un sentido mítico y religioso.

Estos dos mundos coexisten en nuestra patria, pero a la vez se cruzan y se mixturan, y junto a otras yuxtaposiciones que se materializan permanentemente constituyen una riqueza incalculable y una virtualidad todavía indeterminada. Sólo resta entonces reconocer este evento, aceptarlo, y encarar posteriormente el esfuerzo cognitivo, intelectual y patriótico para ponerlo en potencia. Como señala Vasconcelos "**en el norte primo la destrucción, en el sur la asimilación, y eso... da derechos y esperanzas de una misión sin precedentes en la historia**".

Lamentablemente, la enseñanza de nuestra historia ha sido utilizada con fines ideológicos. Un determinado enfoque de orientación mitrista, y otro de orientación materialista, la han convertido en una sucesión inconexa e inconsistente de próceres de mármol unidos solamente por una narrativa epopéyica. Pero la verdadera historia, la de los acontecimientos sociológicos relevantes, la de los sacrificios trascendentes, la de los procesos sustanciales que emergen del sustrato social es la que manda y la que resurge en estos tiempos.

Se ha dicho con certeza que una Nación "**no se improvisa ni se trunca**", no surge de la inspiración de seres iluminados, no puede construirse a partir de normas constitucionales inadaptadas e inadaptables a la realidad, ni debe sostenerse mediante políticas que no contemplen la propia realidad; una Nación surge de un largo proceso y de una paciente dinámica de preparación y refinación de elementos constitutivos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la historia, y nuestros gobiernos, al momento de diseñar e implementar políticas públicas, deben tener cabal conciencia de estos principios.

Las identidades colectivas no son, como malentienden historiadores como Luis Alberto Romero, nociones míticas vinculadas a ciertas versiones malsanas "**del nacionalismo ligado a la idea de homogeneidad**". La identidad nacional es un fenómeno sociológico profundo que se desarrolla en el fundamento estructural de nuestra comunidad y que nos encauza hacia un destino común. Raúl Scalabrini Ortiz, uno de los patriotas más lúcidos y, en tanto, también maldito, sostuvo con nitidez que el fenómeno de la mixtura convierte a nuestra nación en multigena y, consecuentemente,fecunda y fértil; fecundidad que se completa con regionalismos que la enriquecen.

Vale reflexionar entonces sobre esta cuestión trascendental para el país y poner manos a la obra. Ciertas batallas perdidas nos han traído confusión de valores y de conceptos, y lamentablemente aún hoy suenan las recomendaciones de la entente integrada por "**intelectuales**" truhanes e ingenuos, quienes para ocultar los verdaderos desafíos del país no dudan en volver a recomendar "**miradas realistas y pragmáticas**", a impulsar "**políticas racionales y modernas**", a fomentar "**virtudes y prácticas republicanas**" y, tal vez posteriormente, a suplicar "**nuevos acoplamientos infaustos**".

* fpestanja@sitioima.com.ar

## HISTORIAS DEL AGUSTINO

# AMERICA EXPERIMENTAL: ARGIROPOLIS

POR GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO*

*"Quizá la política sea el arte de poner /las quimeras en su lugar. Es imposible hacer /nada serio cuando se somete uno a las quimeras. /Pero ¿qué hacer de grande sin ellas?*

Charles De Gaulle

Aquí tengo el proyecto de país que no fue. (*Silencio en el grupo, esperando que el Agustino aclarara a qué se refería blandiendo un pequeño libro. Y seguidamente dice:*) Sarmiento escribe Argirópolis en 1850. El subtítulo aclaratorio es: "**Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata**". (*Pausa.*) Alberdi escribe sus *Bases* en 1852. Ambos estaban proponiendo destino al país. Uno de ellos se impondría. Hoy sabemos quién. De todos modos, es interesante ver el esquema sarmientino de país, ciento cincuenta años después. Su Modelo de la "**Argentina fluvial**" deriva de la visión geopolítica de Argirópolis.

Y la geopolítica (*explicaba el Agustino*) es cambiar la geografía (el espacio) para hacer posible una historia (el tiempo) porque cada historia demanda su propio espacio o escenario. (*¿Por qué escribe Argirópolis? pregunta Alejandro*). Sarmiento [DFS] formula su propuesta geopolítica con el fin de dar solución a un conjunto de problemas concretos. No se trata, pues, de un mero planteo teórico o especulativo, sino que su proyecto contiene una trama de acciones articulada para ir dando respuesta simultánea y congruente a los siguientes problemas y propósitos, que sólo enunciaremos:

**I.- Siete problemas y necesidades.**

1. Obtener la revocación del encargo de las Relaciones Exteriores.
2. Lograr que se constituya de una vez por todas la Nación, mediante una convención o congreso.
3. Asignar capital al país para que, de ser un conjunto de provincias, pase a ser una Nación.
4. Recuperar la isla Martín García de la dominación francesa.
5. Reincorporar al Uruguay y Paraguay a una Federación de Estados.
6. Terminar las guerras en el Plata.
7. Alcanzar un control razonable y consentido de los ríos sin el predominio excesivo de Buenos Aires.

Una primera observación es que un proyecto de país [PP] responde a necesidades, previene conflictos y busca solucionar problemas. (*O. Varsavsky dirá que un PP es las necesidades que resuelve, inserta Gabriela*). Así DFS plantea (*lee el Agustino:*) "Montevideo y Buenos Aires, situadas a la embocadura del Río de la Plata, recibiendo cada una de primera mano las mercaderías europeas, lucharán cada una de por sí por absorberse el comercio del río, servir de almacén, de depósito a las mercaderías, de centro de intercambio de productos, y por una ruinosa competencia de favores y ventajas ofrecidas al comercio o promoviendo disturbios en el Estado vecino, trabajarán por arruinarse recíprocamente".

A partir de la situación conflictiva se elabora un proyecto de país que no sólo concilie los ideales de dignidad y trame los intereses sino que transforme los males del presente en ventajas para el futuro. Recomienda DFS: "**Sacar del mal mismo de que somos víctimas, el remedio**".

El autor dibuja una idea "**fluvial**" de la Argentina, al privilegiar el eje de la Cuenca del Plata y al tomar como valor central a los ríos. El sistema de comunicación –comunicación y comercio terminan por ser sinónimos en su pensamiento– es el de ríos, puertos, canales y ciudades costeras. La imagen geopolítica del país sería la siguiente.

**II.- Argentina pampeana y Argentina fluvial**

Este es el proyecto de país que no fue. Se puede recordar que DFS efectuó reparos o cuestionaba ciertos aspectos de las Misiones de los Jesuitas ubicadas en el eje geopolítico de la Mesopotamia. Pero curiosamente el mismo Sarmiento se vio atrapado por el eje fluvial en el que ubica el país que propone siendo su columna vertebral un río el Paraná al que han de dirigirse los otros ríos y canales. Y la capital del proyecto ha de ser precisamente una isla.

"**Modelo**" no es lo mismo que "**proyecto**". La propuesta de Sar-

# GANARSE EL PAN

POR MIGUEL ZANABRIA *

**Tal vez aquellos que ven la realidad a través de sus bolsillos sean incapaces de pensar en sociedades que den cabida al conjunto de los argentinos, como cuando ven en una supuesta inflación la necesidad de reducir el gasto de un Estado superavitario.**

G**anarás el pan con el sudor de tu frente**" aparece en el libro sagrado de los cristianos como una condena a perpetuidad para la humanidad. ¡Es más fácil decir que hacer!, podría plantear cualesquiera de los millones de desocupados del país. En realidad cuando ese libro fue escrito la organización económica tenía pocos puntos en común con la actual.

Hoy vivimos otro tipo de organización de lo económico, basado en la empresa como unidad productora principal y donde el trabajo es tratado como si fuera una mercadería. Así los que no tengan propiedades (otra cosa marginal al momento de la escritura del libro) deberán ponerse a las órdenes de alguien que si la tenga para poder sudar. En otras palabras, la posibilidad de "**ganar el pan**" ya no depende de uno mismo sino de otro.

Llegar a este tipo de organización de lo económico fue un largo proceso que comenzó en el siglo XVII con el nacimiento del liberalismo. La implementación de estas ideas fue un largo trabajo histórico para eliminar todas las normas que contradecían esos principios. Por ejemplo, en Gran Bretaña implicó la ley de cercado (la tierra también pasa a ser considerada como una mercadería) y la eliminación de los sistemas de ayuda social para obligar a los propietarios a depender de un trabajo asalariado.

Este sistema nunca fue perfecto. Como había grupos sociales que se beneficiaban más que otros, esto se reflejó en el terreno político. Se inicia un proceso no sólo de crítica, sino también de búsqueda de formas alternativas de organizar la sociedad; las muestras más claras son la Comuna de París en 1871 y la revolución bolchevique en 1917.

En la década del '30 quedaba claro que ese sistema no podía seguir conteniendo a toda la sociedad y se lo reformó, pero sin poner en duda el carácter central de la empresa como unidad productiva de base. Ese capitalismo reformado, con un Estado interviniendo en la vida económica y social, corrigiendo los malos funcionamientos del sistema, sí pudo contener a toda la sociedad y el que quería ganar su pan podía hacerlo con el sudor de su frente. Llamativamente cuando ese capitalismo reformado ya no pudo continuar a dar repuestas al conjunto de la sociedad se trató de volver a la organización del capitalismo que existiera antes de los años '30. Así, "**lo moderno**" llamado ahora "**globalización**" no escondía más que un proceso de restauración de un sistema fracasado. En nuestro caso, bastó un decenio para que el experimento evidenciara su incapacidad a contener a todos los argentinos.

Es obvio que aquí el capitalismo actual por sí sólo no logra darle repuestas a la sociedad, ya que 40 por ciento de la población es pobre ymás del 26 por ciento de los que necesitan trabajar para ganar su pan tiene problemas para hacerlo.

Empobrecidos por una devaluación que sólo se preocupó por quienes tenían propiedades y a los que "**ganaban el pan con su sudor**" sólo les dejó remuneraciones más bajas y un sistema de planes asistenciales incapaz de contener la hecatombe social. Se decía que la pesificación había pensado en equilibrar el ajuste entre deudores y acreedores. En realidad, sólo pensaron en deudores y acreedores financieros, ya que los deudores por el uso de la fuerza de trabajo, todavía hoy se niegan a remunerar igual que en 2001. La solución de esta realidad angustiante debe conciliarse con una estrategia de desarrollo.

El crecimiento puede ser compatible con una economía en que un sector de alta productividad –y por lo tanto competitivo– sostenga al resto, ya que la baja productividad obligaría a medidas proteccionistas o a un mecanismo de redistribución, desde el sector de alta productividad al de baja, para poder contener al conjunto de la sociedad. Esta situación podría percibirse como transitoria si el sector dinámico tuviera la capacidad de demandar mano de obra a una tasa superior al crecimiento de la población. En la Argentina, el sector de alta productividad es incapaz de generar suficiente demanda de trabajo por lo que la sociedad debería admitir el carácter permanente de una transferencia del sector dinámico al de baja productividad y que el trabajo ya no sea el vector principal de socialización sino el nivel de ingresos percibidos.

Sin embargo, ese modelo de sociedad dual estratificada puede resultar muy conflictiva al no poder establecerse sobre bases racionales cuál es el piso mínimo de ingreso que convertiría en "**digno**" a cualquier argentino y que el trabajo productivo sea sólo restringido a la minoría privilegiada. Por otra parte, implicaría un cambio moral, ya que nuestra sociedad ha sido construida con el trabajo asalariado como primer vector de socialización, por lo que sería necesario que quienes no accedan a éste no vivan eso como un estigma. Sin embargo, aun bajo estas condiciones la aceptabilidad social está lejos de ser adquirida; se necesitaría garantizar un mecanismo que avalara el acceso igualitario al sector de alta productividad, cosa difícil cuando nos damos cuenta de que en nuestro país está basado en una "**mercadería**" no producida, la tierra, cuyo acceso está limitado por la propiedad privada.

Existe al menos otra vía basada en el derecho al trabajo más que un derecho a un ingreso. Fundado en la necesidad de cambiar la estructura económica creando un nuevo sector de alta productividad que sí sea capaz de absorber a quienes deseen trabajar. Esto depende de una política de Estado integral, donde la política científico tecnológica, la educativa, de salud, etc., retroalimenten una política industrial. Mientras tanto, el Estado debe actuar como empleador de última instancia utilizando esa mano de obra dejada de lado por "**el mercado**", principalmente en actividades estratégicas, apostando a la generación del nuevo sector dinámico.

Tal vez aquellos que ven la realidad a través de sus bolsillos sean incapaces de pensar en sociedades que den cabida al conjunto de los argentinos, como cuando ven en una supuesta inflación la necesidad de reducir el gasto de un Estado superavitario. Pero la Argentina ya eligió, de forma irreversible, el sistema democrático para dejar atrás la era del horror y éste sólo es sustentable si da repuestas, al menos, a la mayoría de los argentinos.

* *mzanabria@sitioima.com.ar*




con la alberdiana de las "**Bases**" y en particular con su capítulo 15. Domingo Faustino Sarmiento debió inclinarse por el que sería el conocido y realizado Proyecto del 80: el país de los ganados y las mieses. La Argentina pampeana y circular se impondrá sobre la Argentina fluvial. Mientras que para ésta el eje es el comercio a través de la comunicación por el río Paraná, la pampa húmeda será el espacio privilegiado del proyecto de los ganados, las mieses y los ferrocarriles. Los ríos, los puertos, los canales constituyen un sistema nervioso en el que los bienes circulan por agua. Para esa imaginada cultura fluvial que implica ciudades ribereñas, barcos, puertos, islas y deltas, la lógica postula congruentemente como capital a una isla, Martín García, la sede de Argirópolis: la Ciudad del Plata. Como vimos (*recordó el Agustino*) esta propuesta no era producto de una aislada fantasía de Sarmiento sino –elegido el eje– una respuesta orgánica a los principales problemas políticos de aquel tiempo. En la propuesta Argirópolis se ofrecía como capital de tres estados o países: Argentina, Uruguay y Paraguay por razones geopolíticas.

miento quedó en modelo porque un proyecto sólo es tal cuando una voluntad colectiva decide concretarlo. Sólo será genuino proyecto cuando la propuesta esté animada y soportada por la voluntad.

A mediados del siglo XIX su propuesta tuvo que competir

**III.- Hacia la Nación Sudamericana**

Este proyecto alternativo (enfoque de una América Experimental) no se intentó, por lo que –enseñanza que nos queda de la influencia de un PP en la modificación de la geografía– Martín García que dentro de tal propuesta hubiera sido Manhattan sigue siendo hoy prácticamente un descampado a escasos kilómetros de la pujante Buenos Aires, ciudad de fuerte identidad, querida y admirada.

Argirópolis es un elaborado proyecto de país que no fue.

Pero puede considerarse un valioso antecedente y anticipo del Mercosur o de la Nación Sudamericana, por reunir tres países. Y más aún haciendo una extensión en el espacio y sobre lo que la propuesta tiene aún de futuro, encontraremos una "**red de ríos**" unificando y comunicando toda la América del Sur. No en vano DFS es un pionero de la Geopolítica, como lo fue también de la Educación Comparada, recordemos de paso.

Podemos decir que no es una propuesta fallida del todo, aún sigue preñada de futuro como un espacio penetrado por vías de agua. No estaría mal que siguiéramos analizando el tema (*propuso el Agustino*).

DFS en Argirópolis: "**¡Qué cambios en las ideas y en las costumbres! ¡Si en lugar de caballos fuese necesario botes para pasearse los jóvenes! Si en vez de domar potros, el pueblo tuviese allí que someter con el remo olas alborotadas...**"

# POLITICA CON SENTIDO SOCIAL

POR VICTOR SANTA MARIA*

**La sociedad está llamada a ejercer un mayor protagonismo colectivo en el marco del Proyecto Nacional impulsado por la conducción del Estado.**

No todos decimos lo mismo cuando hablamos de políticas sociales. Quienes aún hoy, y frente a toda evidencia, continúan exaltando las virtudes del modelo que destruyó a la Argentina entre 1976 y el 2001, entendían las políticas sociales como paños de agua fría sobre la fiebre galopante que el mismo modelo producía.

En ese esquema de capitalismo salvaje, las políticas sociales eran un gasto necesario para atenuar los efectos violentos de la exclusión social, producida por la tendencia a la concentración económica, en un marco en el que cada vez eran más los que tenían menos de lo necesario para sobrevivir, en beneficio del enriquecimiento de una minoría.

Pero de todas maneras, los partidarios del capitalismo salvaje siempre vieron a las políticas sociales como algo secundario, como un mal necesario. Porque entre 1976 y el 2001, lo social, que es decir la población del país, no estaba entre las prioridades de las acciones de gobierno.

Las prioridades del modelo de no-país estaban destinadas a insertar de cualquier forma a la Argentina en la economía globalizada, para garantizar la transferencia de las riquezas nacionales al exterior. Algo que no se podía instalar fácilmente en un país como el nuestro, con un alto nivel de conciencia política y organización social, cuya columna vertebral era el movimiento obrero, los trabajadores de la Argentina industrial, organizados como un poder compensador, para equilibrar el reparto de la riqueza, en el sentido de lograr una distribución más equitativa.

Y esto funcionaba en la realidad, al punto de que antes del modelo inaugurado por la última dictadura, la riqueza llegó a distribuirse casi por mitades entre el capital y los trabajadores. Una manifestación concreta de la idea de justicia social, establecida como acción de gobierno por el primer peronismo en la década del 40.

Entonces, el sindicalismo adquirió la identidad y la organización que le permitió sobrevivir aún a los ataques más duros. Porque los trabajadores organizados y las organizaciones de los trabajadores fueron considerados como el enemigo económico del modelo de no-país y sus ejecutores sucesivos. Sus organizaciones y su pertenencia al aparato productivo significaban un serio inconveniente para hacer efectiva la subordinación al poder económico.

Por eso la dictadura destruyó gran parte del aparato productivo a través de una apertura indiscriminada de los mercados internacionales, atacando directamente la base de sustentación del movimiento obrero industrial. No fue casual que en adelante se comenzara a destruir sistemáticamente la legislación laboral que garantizaba derechos sociales, con la excusa de que eso volvería más competitiva a nuestra economía.

El terrorismo de Estado tuvo un especial ensañamiento con los trabajadores organizados. Uno de cada tres desaparecidos fue un trabajador con pertenencia gremial, mientras los sindicatos eran intervenidos y la defensa de los derechos declarada ilegal. A lo largo de ese cuarto de siglo, el esquema distributivo se corrigió violentamente hacia una concentración económica sin control.



Y para que la concentración económica no tuviera control, en un mundo de mercados libres que actúan como depredadores, era necesario mutilar lo máximo posible las capacidades de intervención del Estado en la economía. En el modelo de no-país, el Estado tenía que ser mínimo, sólo el necesario para amortiguar los efectos de la destrucción, reprimir las reacciones lógicas del cuerpo social o suprimir a aquellos que se consideraba irrecuperables. A juzgar por los resultados de ese proceso de un cuarto de siglo, queda claro que el contexto atentaba abiertamente contra la aplicación de políticas sociales conducentes.

Los argentinos aprendimos dolorosamente que el ejercicio de la memoria es fundamental para nutrirnos de la experiencia histórica y proyectarnos al futuro en la construcción cotidiana de la Argentina deseada por las mayorías populares.

En la etapa que se inauguró con la gestión del presidente Néstor Kirchner, el ejercicio de la memoria constituye además el necesario punto de partida que nos permite tomar debida cuenta de la verdadera dimensión de la destrucción sistemática que se ha llevado a cabo sobre las capacidades productivas del país a lo largo del cuarto de siglo que se inició el 24 de marzo de 1976 y finalizó con el derrumbe del sistema político en diciembre de 2001.

La tarea de reconstrucción que tenemos por delante implica la necesidad de avanzar simultáneamente sobre frentes diversos. Especialmente en lo que respecta a afrontar las consecuencias de ese pasado reciente, al tiempo que se sientan las bases para consolidar el camino de dignidad y autodeterminación que lleva adelante la actual conducción del Estado nacional.

Si consideramos la situación del país y su evolución en los últimos dos años, es evidente que los avances han sido significativos, más allá de que tenemos por delante un trabajo arduo cuya realización precisa de un mayor protagonismo colectivo que se materialice en la construcción de una verdadera democracia militante.

Se trata de que la participación ciudadana logre complementarse activa y creativamente con la acción del Estado en la realización del bien común. Una democracia orientada hacia la atención plena de las necesidades sociales, de manera que se evidencie una mejora paulatina y sostenida de la calidad de vida de la población, especialmente de los sectores más perjudicados por la exclusión social, producida por la dinámica de concentración económica instaurada por la dictadura y profundizada por las políticas implementadas durante la década pasada.

Más allá de las políticas sociales de emergencia, que cumplen con la función de atender en la medida de lo posible las consecuencias del pasado, cabe destacar el sentido social que por primera vez en mucho tiempo atraviesan y caracterizan las políticas que lleva adelante el Gobierno nacional, con el claro liderazgo del presidente, como lo demuestra el alto nivel de aceptación por parte de la ciudadanía.

El liderazgo ejercido por la conducción del Estado nacional en esta nueva etapa genera un cambio de contexto donde las políticas sociales cobran un sentido distinto. Para el peronismo histórico, la ayuda social era el resguardo para los más desprotegidos, entretanto se construía la casa que contaría con lugar para todos. Esa casa que era el país con un Proyecto Nacional, orientado por los principios de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.

Hoy nos encontramos en los inicios de un nuevo Proyecto Nacional, con características definidas en el sentido de la integración y que recupera la memoria de las luchas en defensa de lo nacional y lo popular. Una integración con proyección continental sobre la base expandida del Mercosur, que consolida una inserción internacional en términos de autodeterminación, que refleja una concepción integradora hacia el interior de la sociedad argentina.

La sociedad está llamada a ejercer un mayor protagonismo colectivo en el marco del Proyecto Nacional impulsado por la conducción del Estado, que al asumir un cambio de actitud con la sociedad con la que comparte objetivos comunes renueva el sentido de la representación política, orientando sus acciones hacia el desarrollo social.

Estamos en el camino de la reconstrucción. El tiempo que lleve esa reconstrucción depende en gran medida de un ejercicio pleno de la ciudadanía por parte de las mayorías nacionales, en la comprensión de que la mejor política social es aquella que cuenta con la participación de la sociedad, decidida a ser artífice de su propio destino, que es el destino de nuestro país.

* *vsantamaria@sitioima.com.ar*